

CAPÍTULO XI

Hasta ahora hemos descartado de nuestra teoría á los animales, aunque, por su número y su influencia, desempeñan en la tierra un papel de la mayor importancia. Hora es ya que digamos el puesto que les asignamos en nuestro sistema de la Naturaleza.

¿Los animales tienen alma? Si; los animales tienen alma; pero ésta no tiene el mismo grado de actividad en todas las clases. Esta actividad es diferente en el perro de la del cocodrilo, en el águila y en la langosta. El alma está en estado de germen en los animales inferiores, los zoófitos y los moluscos. Este germen se desarrolla y amplifica á medida que los animales se elevan en la serie de la perfección orgánica.

La esponja y el coral son zoófitos. En estos seres, los caracteres de la animalidad, aunque positivamente existen, son oscuros y poco perceptibles. Les falta el movimiento voluntario, que es el carácter distintivo de los animales; son inmóviles como las plantas. Sin embargo, su nutrición es la misma que la de los animales; por consiguiente, pertenecen á esta especie; pero no se les puede con-

ceder un alma completa, sino solamente un germen, el punto de origen de un alma. En los moluscos, las conchas marinas y terrestres, la ostra, el caracol, la medusa, etc., los movimientos y el modo de vivir están sujetos á la voluntad, y esto es suficiente para descubrir en ellos un alma, aunque muy imperfecta y rudimentaria todavía. En los animales articulados, y sobre todo en los insectos, se repiten á cada instante los actos que denotan un raciocinio, la voluntad, la sensibilidad, la deliberación y la acción resultante de esta deliberación. Denotan una inteligencia ya activa.

No se puede invocar la pequeñez de cuerpo de estos animales como argumento para negarles inteligencia. En la Naturaleza no hay grandes ni pequeños; ante sus leyes, la monstruosa ballena y el invisible pulgón son iguales; uno y otro han recibido el grado de inteligencia en relación á sus necesidades, y el ingenio de los seres vivos no se mide por la escala de magnitudes. Nadie ignora los prodigios de inteligencia que desarrollan las abejas en sociedad y las hormigas en sus retiros. Las costumbres de estas dos especies de insectos nos admiran. Pero las abejas y las hormigas no pueden ser una excepción en la clase de insectos; es muy probable que en toda esta clase exista la inteligencia en el mismo grado que en las abejas y las hormigas, porque no hay razón ninguna para que estas dos especies de insectos himenópteros gocen exclusivamente este privilegio y las demás

especies del mismo orden y los demás órdenes de esta clase estén desposeídos de él. La abeja ha sido estudiada á fondo porque forma parte de la industria agrícola y el hombre tenía interés en conocer sus costumbres. Los hábitos de las demás especies de insectos, que todavía nos son desconocidos, deben ocultar maravillas tan grandes como las de las abejas y de las hormigas. Convengamos en que los insectos tienen alma, puesto que la inteligencia es una de las facultades del alma.

El mismo razonamiento podemos aplicar para los peces, los reptiles y las aves. En estas tres clases de animales la inteligencia se va perfeccionando, la facultad del raciocinio se manifiesta, y el grado de inteligencia parece adelantar progresivamente del pez al reptil y del reptil al ave.

Los mamíferos nos presentan un evidente avance de la inteligencia sobre las clases de animales que hemos citado; pero no podemos asignar á los diferentes mamíferos el grado de inteligencia según los órdenes establecidos por los naturalistas, es decir, que no podemos asegurar que se eleve de los cetáceos á los carnívoros, de los carnívoros á los roedores; de los roedores á los paquidermos, de los paquidermos á los rumiantes, etc. No tenemos medio alguno seguro para proceder á tal apreciación de detalles; pero sin miedo á ser desmentidos, sentamos la tesis general diciendo que las facultades intelectuales aumentan desde el molusco hasta el mamífero, siguiendo la escala progresiva de la

clasificación zoológica; porque entrar en detalles acerca de las particularidades de los órdenes, sería exponernos á equivocaciones. El alma existe en germen en los zoófitos: este germen se desarrolla y aumenta en los moluscos y después en los articulados y en los peces. El alma adquiere ciertas facultades, más ó menos obscuras y veladas, en el cuerpo de un reptil, y estas facultades aumentan de una manera sensible en el cuerpo de un ave; éstas son todavía más perfectas cuando el alma encarna en el cuerpo de un mamífero. Este es el sentido general de nuestro sistema.

Hemos dicho al principio de este libro que el alma humana, terminada su existencia terrestre, pasa al éter planetario, encarnando allí en un nuevo cuerpo, superior al hombre por la inteligencia y la moralidad. Siendo exacta esta teoría, si esta emigración del alma del hombre al cuerpo de un ser sobrehumano es real, la analogía nos obliga á establecer la misma relación entre los animales y entre éstos y el hombre.

Creemos firmemente que, en efecto, se opera una transmigración, una transmisión de almas ó de gérmenes de almas al través de toda la serie de animales. El germen de alma sensible, que existía en el zoófito y el molusco, pasa, á la muerte de estos seres, al cuerpo de un animal articulado. En esta primera etapa de su viaje, el germen se anima, se perfecciona y se mejora. El alma naciente adquiere algunas facultades rudimentarias. Cuando este

rudimento de alma sensible, desde el cuerpo del animal articulado llega al del pez ó del reptil, sufre un nuevo grado de elaboración y su potencia aumenta. Cuando saliendo del cuerpo del reptil ó del pez encarna en el ave, recibe otras impresiones, que son el origen de nuevos perfeccionamientos. Finalmente, el ave transmite al mamífero el elemento espiritual muy ampliado ya y modificado; y del mamífero, el alma, habiendo adquirido todavía más potencia y aumentado el número de sus facultades, pasa al cuerpo del hombre.

Tratándose de animales inferiores, es probable que se reúnan muchos gérmenes animados para formar un ser superior; es decir, que los principios vivificantes de un cierto número de pequeños zoófitos, de esos seres que viven á millares en las aguas, al abandonar el cuerpo de estos seres pueden reunirse para formar el alma de un solo individuo de un orden superior.

Sería imposible especificar de qué mamífero en particular sale el alma para entrar en un organismo humano. Asimismo nos es imposible afirmar si antes de llegar al hombre el alma ha pasado sucesivamente por el cuerpo de muchos mamíferos de una organización cada vez más complicada, si ha pasado del cuerpo de un cetáceo al de un carnívoro y de éste al de un cuadrumano, último término de la serie animal.

No es exacto que el cuadrumano nos transmita el alma. La inteligencia del cuadrumano es infe-

rior á la de muchos animales colocados más altos que él en la escala zoológica. Los monos, que sólo componen una sola familia en el orden, muy numeroso, de los cuadrumanos, son animales de una inteligencia muy mediocre. Malos, astutos y groseros, no tienen del hombre más que algunos rasgos fisonómicos, y éstos sólo existen en un número reducido de la especie. El resto de los cuadrumanos es bestial en el más alto grado.

No es, pues, en el cuadrumano donde hemos de buscar el alma transmisible al hombre. Hay otros animales de una inteligencia á la vez poderosa y noble que con mejores títulos pueden aspirar á este honor. Estos animales varían según las partes habitadas del mundo. En Asia, el prudente, noble y grave elefante puede ser el depositario del principio espiritual que debe pasar al hombre. En África, el león, el rinoceronte, los numerosos rumiantes que pueblan las selvas; en América, el caballo, orgulloso habitante de las Pampas; en todas partes, el perro, amigo fiel, compañero inseparable del hombre, son acaso los encargados de elaborar el principio espiritual que, transmitido al niño, debe desarrollarse, crecer en este niño y convertirse en alma humana. Alguien ha llamado al perro «candidato á la humanidad».

Un diario de gran circulación publicó el 17 de Mayo de este año de 1908 el siguiente telegrama: «Santander 17.—Ha ocurrido un suceso que prueba la fidelidad de los perros.

»Salió á alta mar una barca pescadora llamada *Seis hermanos*, tripulada por varios remeros. Cerca del Cabo Mayor, uno de los tripulantes, llamado Antonio Pereda, sufrió un accidente que le ocasionó la muerte. Los acompañantes, emocionados, tendieron al infeliz en el fondo del barco, poniendo la proa hacia el puerto, tristemente impresionados. Un perro de lanas, propiedad del difunto, echóse á los pies de éste, llegando así hasta el puerto. Se avisó inmediatamente á la autoridad, que se personó junto á la barca. Los tripulantes saltaron á tierra y quisieron sacar al perro; pero éste se resistió, volviendo junto al cadáver, siendo inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para separarle de allí. Un marinero cogió al perro y tiróle al mar; pero el animalillo salió nadando, y al volver á tierra de nuevo se dirigió á la barca y se acurrucó á los pies de su amo muerto. Llegó el juzgado y procedióse á levantar el cadáver para llevarlo al Depósito. Al hacerse esta operación cayó al agua la boina del marinero muerto, y el fiel perro se precipitó al agua á fin de rescatar la prenda del que fué su amo. La boina se fué al fondo; pero el perro buceó hábilmente, logrando salir á tierra, orgulloso, con la boina entre los dientes. En tierra, corrió detrás del grupo que llevaba la camilla con el muerto, poniéndose á su lado y acompañándole hasta la última morada. El proceder del perro causó profunda emoción á cuantos lo presenciaron, pues realmente el animal mos-

traba tal dolor, que parecía un ser dotado de inteligencia que se diera cuenta perfecta de la desgracia ocurrida» (1).

Este relato tan conmovedor y sencillo tiene más fuerza que todos los argumentos que aquí pudiéramos aducir en apoyo de nuestra teoría, demostrando que aquel perro tenía un alma digna de entrar en el cuerpo de cualquier hombre. Esta alma, ya tan perfecta, indudablemente debe hacer del hombre que la posea un ser perfecto.

Se nos objetará que el hombre no puede haber recibido el alma de un animal, porque no conserva ningún recuerdo de semejante genealogía. Á esto contestamos que el animal no tiene memoria, ó que si la tiene, ésta es tan poco fija, que debemos considerarla como nula. El niño sólo puede recibir del animal un alma desprovista de memoria, porque está completamente privado de esta facultad en el momento de nacer y en nada se diferencia de un animal en cuanto á las facultades del alma, tardando cerca de doce meses en ir apareciendo poco á poco la memoria, que se perfecciona después por la educación. ¿Cómo ha de acordarse el niño de la existencia que tuvo antes de su nacimiento? ¿Nos acordamos acaso del tiempo que hemos estado en el seno materno?

El orden progresivo que acabamos de señalar para las emigraciones de las almas al través de los

(1) *Correspondencia de España*, 17 de Mayo de 1908.

cuerpos de los diferentes animales, es precisamente el que la Naturaleza ha seguido en la creación de los seres organizados que primeramente aparecieron en nuestro globo. Más adelante veremos que las plantas, los zoófitos, los moluscos y los articulados son los primeros seres vivos que aparecieron en nuestra Tierra. Después vinieron los peces y luego los reptiles; después de los reptiles aparecieron las aves, y más tarde los mamíferos. El hombre es el último que vino á la tierra. Nuestro sistema responde á la marcha que la Naturaleza siguió en la creación de las plantas y de los animales.

Este sistema tiene por base la inteligencia de los animales, y en esto nos separamos de la opinión general, que niega inteligencia á las bestias, aunque la reemplaza por otra facultad que, sin saber por qué, llama *instinto*. Pero esto no es más que un simple cambio de palabras, que, en realidad, tienen el mismo significado.

Los antiguos no vacilaron en conceder inteligencia á los animales. Aristóteles y Plutarco lo demuestran claramente no poniendo en duda que las bestias razonan. Entre los modernos, los más ilustres filósofos, Léibnitz, Montaigne, etc., los naturalistas Carlos Bonnet, Leroy, Dupont de Nemours y otros, conceden inteligencia á los animales. No se explica cómo Descartes y Buffón, enemigos declarados de la inteligencia animal, han conseguido inclinar la balanza en favor de sus ideas.

Los partidarios de Descartes y de Buffón han popularizado el instinto sustituyendo á la inteligencia. ¿Pero qué diferencia hay entre la inteligencia y el instinto? Ninguna. El instinto es sencillamente la inteligencia en un grado más débil. Nuestros filósofos y naturalistas, en su inmenso orgullo, no queriendo tener nada de común con los animales, han dado el nombre de instinto á la inteligencia, más débil que la nuestra, que es propia de los animales.

Es, pues, el orgullo del hombre el que ha pretendido poner, entre nosotros y el animal, una barrera que no existe. La inteligencia del animal está menos desarrollada que la del hombre, porque sus necesidades son menores, sus órganos menos perfectos, y porque el círculo de su actividad es más limitado. Y sin embargo, el animal muchas veces supera en inteligencia al hombre. Con frecuencia vemos por las calles carreteros maltratando á las bestias que tiran del carro, mientras éstas cumplen su misión con calma y exactitud; ¿no es el carretero el verdadero bruto y el animal el ser inteligente?

Creemos haber demostrado que el alma humana viene de un animal perteneciente á los órdenes superiores. Esta alma, después de haber recibido en el cuerpo de este animal un grado de perfección conveniente, va á encarnar en el cuerpo recién nacido de un hijo de los hombres.

Hemos dicho anteriormente: «La muerte no es

un fin, es un cambio; no morimos, sufrimos una metamorfosis.» Ahora añadimos: «El nacimiento no es un principio, es una continuación. Nacer no es comenzar, es continuar una existencia anterior.»

Para la especie humana no hay, hablando con propiedad, ni nacimiento ni muerte; no hay más que una continuación de existencias que se encadenan, y que del mundo visible van, al través del espacio, á reunirse en los mundos ocultos á nuestras miradas.

CAPÍTULO XII

Linneo dice: «La planta vive, el animal vive y siente; el hombre vive, siente y piensa.» Este aforismo demuestra el estado de la ciencia en tiempo de Linneo; pero desde la muerte del gran botánico Upsal, acaecida en 1778, las ciencias naturales han adelantado, la botánica y la zoología se han enriquecido con innumerables datos y descubrimientos fundamentales; de suerte que la fórmula linneana no responde al estado actual de las ciencias orgánicas. Hoy podemos decir: «La planta vive y siente; el animal y el hombre viven, sienten y piensan.»

La planta siente el placer y el dolor. Bajo la influencia de un brusco y excesivo descenso de temperatura, se la ve contraerse, sentir escalofríos, por decirlo así. Cuando el calor es excesivo, sus hojas se inclinan mustias, parece que se marchitan: por el contrario, cuando la atmósfera refresca ó se las riega, las hojas se enderezan y la planta presenta un aspecto sereno, como si sintiera placer. Cuando de un árbol se corta una rama, parece sentir dolor; un líquido patológico se exuda de la